

celo alguno á Francia; había bajado tanto ó más que Francia en los últimos tiempos del antiguo régimen. Pero este menosprecio había de caer precisamente sobre la cabeza del rey, y sobre los que intentaban salvarle. La acusación de su complicidad con el extranjero empezó desde este momento, y esta clase de acusaciones, cuando tienen base, son terribles. Los girondinos, pues, se vieron desde el primer momento embarazados por el celo de los ultras.

Sin embargo, la proposición de los girondinos tenía un lado flaco, y por él penetraron los montañeses guiados por Robespierre. ¿Cómo, decía éste, puede ocurrirse á hombres de estado llamar á pronunciarse sobre la muerte del rey á cuarenta mil asambleas primarias? ¿No es esto desorganizarlo todo y provocar la guerra civil? Marat, el mismo Marat, decía que era esto marchar á la anarquía y además contrario á los principios del gobierno re-



Luis XVI marchando al suplicio

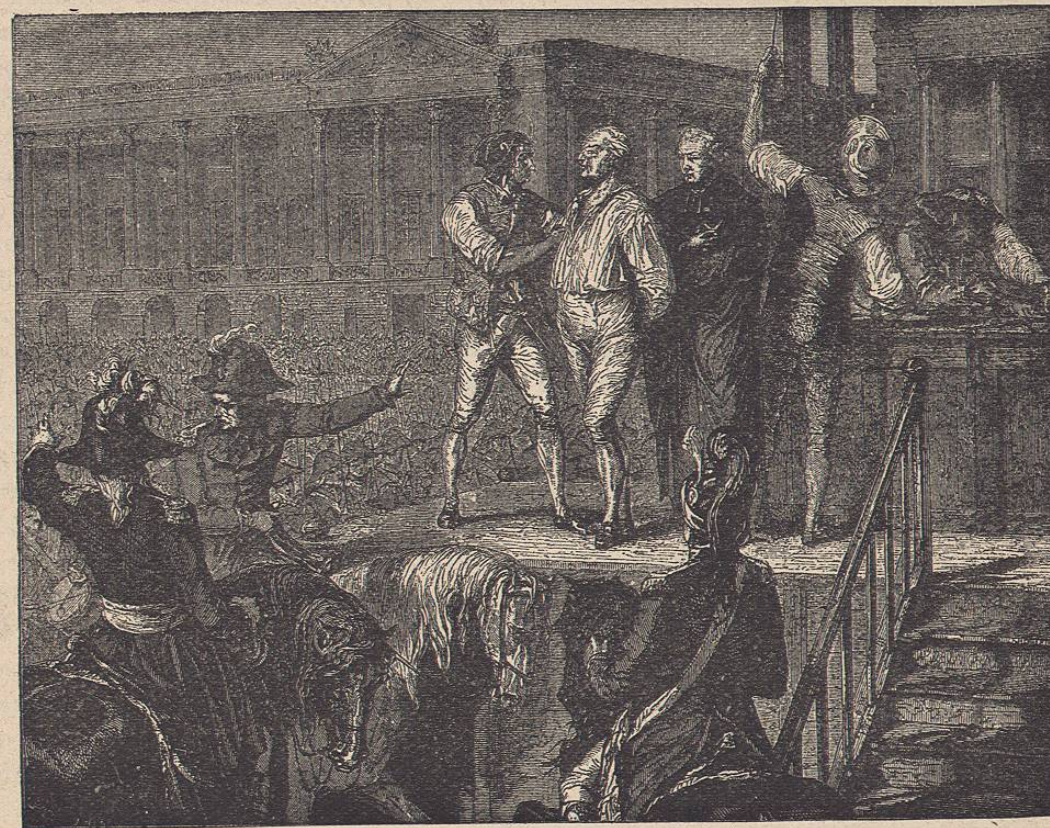
presentativo «la única forma posible en un gran Estado que quiere la unidad de gobierno.» Vergniaud, Brissot y Genonné no pudieron destruir este punto capital de la argumentación de los montañeses, y en este punto de la discusión, después de la carta del rey de España y de la actitud de las demás potencias, querer cubrir al rey con la inviolabilidad prometida por la Constitución de 1791 que la suspendía para el caso de que el rey se concertase con el extranjero para derribar la Constitución, caso más que probado, era llevar á Luis XVI á la muerte. Luego la amenaza extranjera avistaba á los hombres resueltos y valerosos, pues si estos creían culpable al rey, la intervención extranjera era un ata-

que á la dignidad y á la independencia de la nación que tenía perfecto derecho á juzgar sus autoridades públicas como mejor lo entendiera.

La vivacidad de la lucha más de una vez descendió á la calle. Girondinos y montañeses eran amenazados los unos por los puñales de las secciones, los otros, por los puñales realistas, pero el miedo no anidaba ni en la derecha ni el centro de la Convención. El miedo tenía su antro en el centro. El centro por boca de Barere se declaró contra la apelación al pueblo. En este día, 4 de Enero de 1793, puede decirse que se decidió la cuestión de vida ó muerte del rey. La discusión se cerró el 7, y el 14 se formularon las cuestiones sobre las que debía decidir la Asamblea.

Iban los girondinos, pues, á ser víctimas de su irresolución. El miedo que ellos no conocían les arrebató á sus aliados naturales é iban á convertirse de mayoría en minoría. La señora de Roland que en estos días se lamentaba de no ser hombre, sólo pudo comunicar su ardimiento y resolución á un corto número de girondinos. Roland pedía como un desesperado, medios de resistencia y medidas de represión contra los clubs y las secciones. Manuel

que desde el 2 de Setiembre se había pasado á los girondinos, hizo más, propuso diferentes medidas contra los agitadores, pero todo fué discutir, y el Centro viendo como siempre irresolutos á los girondinos, se inclinó á la izquierda tomando la audacia de ésta como signo de su fuerza, que es propio de los débiles buscar apoyo en lo material y no en lo moral, en la fuerza bruta, mejor que en la razón y en la conciencia.



Muerte de Luis XVI

Llegó el día 14 de Enero, y salvo Gregoire, que estaba ausente con comisión que le impedía volver á pesar de la orden que la Convención dió para que todos sus comisionados estuvieran en sus puestos aquel día, todo el mundo estaba en sus puestos, incluso Danton que se había hecho dar el 1.º de Diciembre una comisión para Bélgica esperando escapar á las responsabilidades de aquellos días, y que tuvo que regresar mal de su grado. Si los girondinos en esos días siquiera se hubiesen puesto al lado de Danton que había ofrecido salvar al rey á su moribunda esposa que tan entrañablemente quería, es probable que la sangre del rey no se hubiese derramado, pero la Gironda era implacable en

sus odios y en el pecado llevó la penitencia. Danton, en una entrevista nocturna y secreta celebrada en Sceaux con los jefes girondinos luchó en vano para establecer las bases de una concordia que Vergniaud, Brissot y Condorcet apoyaban, pero que rechazaba la señora de Roland y por consiguiente el amante de su fantasía el inflexible Buzot, y con éste el intrépido Barbaroux y el áspero Guadet. La conciliación no se hizo y Danton, impotente, escapó á Bélgica.

Una victoria consiguieron los girondinos que podía hacerles esperar un triunfo decisivo el día 14. Después de un confuso y tempestuoso debate logró la Gironda hacer prevalecer las cuestiones ó puntos



sobre los que debía votarse que formuló su correli-gionario Fonfrede, y fueron estas:

1.<sup>a</sup> Luis, ¿es culpable?

2.<sup>a</sup> ¿Cualquiera que sea la decisión, se someterá á la aprobación del pueblo?

3.<sup>a</sup> ¿En qué pena ha incurrido?

Las votaciones principiaron el día 15.

Sobre el primer punto de 721 votantes 683 respondieron afirmativamente, 25 respondieron que sí con reservas, los demás se excusaron ó no votaron. Luis XVI fué, pues, declarado casi por unanimidad culpable de conspiración contra la libertad de la nación y la seguridad del Estado.

Llega el segundo punto y los girondinos se dividen. Al ver que el Centro acaudillado por Barere y Sieyes no admiten la apelación al pueblo, la confusión entra en sus filas y mientras unos votan en favor de la apelación al pueblo, como Vergniaud, Buzot, Guadet, Brissot, Valazé, Barbaroux y Petion, otros como Condorcet, Isnard, Ducos y Fonfrede votaron en contra. Esta división produjo los más funestos resultados, pues la anarquía se apoderó de la masa de diputados que sigue siempre incondicionalmente á sus jefes y como quien dice ya nadie sabía lo que había de votar, y claro está que al ver en medio de este desconcierto final á la izquierda y á los moderados apoyándolos, la masa se sintió atraída por los que sabían lo que querían. 424 votos contra 283 rechazaron la apelación al pueblo.

Compréndese fácilmente cuán grande no había de ser la agitación de París en este día. La última votación se reservó para el día siguiente. El día 16 amaneció preñado de peligros. Los federados que daban guardia á la Convención habían ya fraternizado con las secciones, y Pache había entregado á la Comuna 100 piezas de artillería. Roland vió posible la repetición del 2 de Setiembre y como entonces quiso quedar indemne. Envió, pues, á la Convención un mensaje declarando que no tenía ni fuerza ni autoridad para garantizar el orden público y que en aquel día, como en el 2 de Setiembre no podría evitar los crímenes que se preparaban. «Yo, le decía, sólo puedo dar el ejemplo señalando y desafiando á mis propios verdugos, á la Convención toca proveer á la pública seguridad.»

La discusión fué tempestuosa, y un amigo de Danton, Lacroix se encargó de hacer rechazar la proposición de Gensonné poniendo la fuerza pública á las órdenes del ministro de la gobernación, esto es, se quitaba á la Comuna el derecho de requerir la fuerza pública.

Danton, nervioso é irascible, se presentaba de nuevo como el hombre del 2 de Setiembre. No veía en los girondinos mas que hombres llenos de confusión y no quería por más tiempo hacerse sospechoso á los que huían de unos elementos que llevaban fatalmente la irresolución en su seno. La votación definitiva va á demostrárselo de nuevo.

Vergniaud por una cruel ironía de la suerte presidía el 16 de Enero. También había presidido el día 10 de Agosto.

Tocóle votar el primero al montañés Mailhe, y éste votó por la muerte, pero á condición de que si esta reunía la mayoría deliberaba de nuevo la Convención sobre si sería conveniente ó no suspender la ejecución. Cuando le tocó el turno á Vergniaud ninguno de sus amigos había votado, hasta entonces sólo lo habían hecho unos veinte diputados montañeses ó del centro, y en general en favor de la pena de muerte. Vergniaud votó, y votó como lo había hecho Mailhe, Guadet, Buzot, Petion y Valazé le siguieron, pero Barbaroux, Isnard, La-source, Ducos y Fonfrede votaron la muerte sin reserva alguna. Condorcet, Kersaint, Salles, Manuel, Rabaud Saint-Etienne, Lanjuinais y Payne votaron unos por la reclusión otros por el destierro, ninguno de ellos por la muerte. Guadet votó la muerte pero suspendiendo la ejecución. Gensonné lanzó su voto al rostro de sus enemigos, votó la muerte pero á condición de que se impusiera también á los asesinos del 2 de Setiembre.

Sieyes y Barere votaron la pena de muerte. Carnot y Cambon, que ninguna de las fracciones de la Cámara podía considerarlos como suyos y que sólo pensaban en el triunfo de la revolución, votaron la muerte.

Los montañeses salvo dos ó tres diputados votaron también sin reserva alguna.

El duque de Orleans, el padre de Luis Felipe I de Francia, votó la muerte en medio de la reprobación de la Cámara.

Se ha dicho que los girondinos habían muerto á Luis XVI; en todo caso se puede decir que quien le mató fué el duque de Orleans. La mayoría absoluta era de 361 votos, y 361 votos tuvo en contra Luis XVI, pues en aquella cuenta y en aquel momento no podían computarse los treinta y nueve votos que se declararon por la muerte con condiciones. La vida pues de Luis XVI la decidió un voto. Claro está que el duque de Orleans no lo hubiera dado de votar el último, no carguemos, pues, su memoria con tan grave responsabilidad, y digamos que en efecto, los que mataron á Luis XVI fueron

los girondinos. Si estos hubiesen podido marchar de acuerdo á la votación, la Convención que había dado 361 votos para otras penas que la muerte, hubiera tal vez cerrado la puerta á los horrores del Terror.

Pero aún hay más: aún los girondinos cometieron su última y más grave falta.

Con verdadero valor cívico durante los días 18 y 19 combatieron para que se suspendiera la ejecución de la sentencia y en este sentido hablaron con energía y elocuencia Buzot, Brissot, Condorcet y Payne, pero Barbaroux lo hizo en contra, y á Barbaroux le apoyó el centro por su órgano habitual, por Barere, 380 votos contra 310 decidieron que la ejecución tendría lugar sobre la marcha. Kersaint y Manuel habían dado su dimisión.

Es en este momento cuando se ha de juzgar á los girondinos como hombres políticos. Amigos de la libertad, sinceros partidarios de la legalidad, no hubieran fundado la primera, ni establecido la segunda, porque no podían concertar nunca sus voluntades, faltos sus principales representantes de la energía necesaria para hacerse obedecer. Sólo Roland se mostró siempre á la altura de las circunstancias, pero se le relegó en el ministerio en donde cualquiera otro hubiese prestado sus mismos servicios. Gensonné y Guadet eran más irascibles que enérgicos, y Barbaroux no unió nunca á su impetuosidad la reserva, ni la autoridad. En suma, los girondinos eran hombres de discusión, y no de acción en el recto sentido de esta palabra, no eran hombres de gobierno, y la república necesitaba en aquellos días de las manos de un Danton y de su elocuencia para gobernar. Estas dos fuerzas no pudieron unirse, y desde el momento en que esto se hizo notorio pudo preverse el caso en que habían de chocar. El choque, como ya veremos, fué terrible.

A Luis XVI le precedió en la tumba Lepelletier Saint-Fargeau. Fué éste asesinado el día 20 en el Palais-Royal por un antiguo guardia de Corps llamado Deparis que había ido allí con ánimo de matar al duque de Orleans, pero no habiéndolo encontrado y sí al bueno de Lepelletier que empleaba sus riquezas y sus talentos en hacer bien al pobre, le asesinó. Esta muerte que la Convención explotó como prueba de los peligros que había corrido y de su civismo y cuyo cadáver hizo depositar en el Panteón, le quitó á Luis XVI las simpatías de última hora. Roland que como ministro de la gobernación tuvo que correr con los pormenores de la ejecución, llegó á temer algo grave para salvarle tramado por los realistas, y en efecto, se asegura que quinientos de éstos se habían conjurado para libertarle sacrifi-

cándole sus vidas. Así se dispuso tan grande reunión de fuerzas por las calles y plazas que debía recorrer la triste comitiva para llegar á la plaza de la Revolución, hoy de la Concordia, en donde se levantó el patíbulo en frente de la calle Royal que se hizo toda tentativa imposible.

Háse querido explicar, por la noticia que de esta revolución tuvo Luis XVI, la gran serenidad que cuando en los últimos días de su vida, y se ha querido ver la prueba en el grito terrible que lanzó al ser arrojado sobre la báscula, pero nosotros creemos que las circunstancias bastan para explicarlo todo.

La serenidad y valor de Luis XVI se puso á prueba varias veces en el transcurso de su vida y no se desmintió. El día 20 de Junio sobre todo se hizo indiscutible. Luis XVI, pues, recibió la fatal nueva para la que estaba preparado por conducto de sus defensores, y esa serenidad y valor no se desmintió en aquel tremendo trance, y nosotros queremos creer que Malesherbes al decirle que sus partidarios iban á intentar un supremo y decisivo esfuerzo, solo se propuso fortalecer su ánimo.

El día 20 fué el Consejo de ministros á notificarle su sentencia. En la tarde de este día se le concedió el triste consuelo de despedirse de su mujer y de sus hijos, separándose de ellos á las diez de la noche, no sin prometerles que volverían á verse al día siguiente; esta era, en efecto, su intención, pero le disuadió su confesor, un sacerdote refractario irlandés, llamado Edgeworth, confesor de la hermana del rey, la princesa Isabel, que estuvo también presente en tan terribles momentos y cuya fortaleza de ánimo contribuyó mucho á aminorar la angustia y la pena de su cuñado y de sus hijos.

Pasó el rey la noche durmiendo con la mayor tranquilidad, y esta serenidad y fortaleza de ánimo que á todos parecía superior, fué lo que llevó al ánimo de las autoridades el convencimiento de que algo se preparaba para salvarle la vida.

Cuando Santerre se presentó acompañado de dos comisarios de la Comuna, Luis XVI se retiró un momento con su confesor, único momento de debilidad que tuvo en aquellos supremos instantes, pero repuesto en seguida se presentó á los que debían llevarle á la muerte y siendo por un momento lo que nunca había sido, un rey, tal como lo quería el antiguo régimen, dió la orden de partir.

Un coche cerrado le condujo al lugar de la ejecución, y durante el tránsito Edgeworth se dió toda clase de penas para salvarle de los insultos de la plebe.

Es fama que el carruaje se detuvo en donde hoy